

ción ó de la inexperiencia, no hacen más que confirmar esta regla.

Ahora, ¿de dónde puede venir, pregunta el sabio Mamachi, esa costumbre de representar á San Pedro á la derecha y á San Pablo á la izquierda? Esto no es de la casualidad ni del capricho, pues de otro modo no hubiera sido tan constante y tan universal. Luego es necesario ver en ella evidentemente, el reflejo del dogma católico de la supremacía de San Pedro y el eco de las palabras del divino maestro: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas; á los rebaños y á los pastores» 1

Estas imágenes de San Pedro y de San Pablo constantemente reproducidas en las Catacumbas, dan lugar á otra observación. Ellas prueban el ardiente amor y la veneración filial de los cristianos de Roma hácia sus padres en la fe. Ahora, este afecto ardiente, apasionado, es un hecho atestigüado por la historia. 2 Ellas prueban también la presencia en Roma de los dos apóstoles, supuesto que el retrato de ellos se en-

1 Cum igitur majores nostri hoc genere monumentorum, quod est caeteris vetustius, Petrum ad dexteram partem, Paulum ad loevam perpetuo exhibuerint, idque non casti, sed consuetudo fecerint, alioqui non tam constans ea consuetudo neque tam stabilis permansisset; si quid unquam, illud quidem certe indicarent necesse est quod soepe in commentariis scriptorum christianorum legerant, esse Petrum non reliquis Apostolis modo, sed ipsi etiam Paulo proferendum. — «Si nuestros mayores han presentado en este género de monumentos, más antiguo que los demás, á San Pedro á la derecha y á San Pablo á la izquierda, lo han hecho así, no por casualidad sino con meditación; de otro modo no hubiera permanecido tan constante esta costumbre: era necesario que alguna vez indicaran lo que habían leído á menudo en los cementerios de los escritores cristianos, esto es, que Pedro debía ser preferido no solo á los demás apóstoles, sino también al mismo Pablo.» — Mamachi, Orig. et Antiq. Christ. lib. IV, p. 485.

2 Así el testimonio de la historia confirma la autenticidad de los monumentos del arte, y el arte á su vez apoya las revelaciones de la historia.

cuentra solo, con exclusion del de todos sus colegas, constantemente unido al recuerdo de los cristianos de la capital del mundo. Es digno de observarse que en el cuarto siglo el gran historiador de la Iglesia, Eusebio, se servía ya de aquellos monumentos incontestables para establecer el viaje y la permanencia en Roma de los príncipes del colegio apostólico. 1 ¿Cómo sucede, pues, que los protestantes han ignorado todas estas cosas; y si las han conocido, ¿cómo se han atrevido á mentir al mundo, á mentir á sus conciencias y á negar, como lo hacen todavía hoy en sus libelos, que San Pedro haya venido á Roma?

El divino Redentor había dicho que asociaría á su gloriosa resurrección no solo á sus Apóstoles, sino también á aquellos que por su ministerio creyeran en su palabra. Y hé ahí que el arte cristiano da principio, pintando á algunos mártires misteriosos, á esa larga galería en que el génio de los siglos posteriores cubrirá las paredes de las basílicas de Oriente y de Occidente: Iglesia triunfante presentada sin cesar á las miradas de la Iglesia militante á fin de iluminar su camino y de excitar su valor. Se encuentran, pues, en las Catacumbas muchos mártires representados en la actitud del triunfo y de la oración.

Como su reina María, tienen los brazos extendidos y prueban dos puntos del dogma católico: el primero que los bienaventurados siguen en el cielo solicitando para nosotros las gracias que no necesitan ya para sí mismos; el segundo, que son para nosotros intercesores y no dioses; que

1 Et confirmant quidem narrationem Petri Pausique nomine insignita monumenta, quae in urbis Romae coemeteris etiam nunc visuntur. — «Y monumentos insignes con el nombre de Pedro y de Pablo confirman la narración, y se ven aún en los cementerios de la ciudad de Roma.» — Lib. II, c. XXV, p. 75.

les veneramos, pero que nobles adoramos. Si después del establecimiento de la Iglesia no teme el arte representar á los santos y á los mártires en la actitud exclusiva del triunfo, es porque había pasado para los débiles el peligro del escándalo y se había afirmado el dogma. Las Catacumbas de Santa Inés y de Santa Priscila, entre otras, están llenas de estas consoladoras é instructivas pinturas. 1

Así como son tan comunes las imágenes de los mártires triunfantes, así son de raras las de los mártires en medio de los suplicios. Apenas se podrá citar un ejemplo auténtico. La costumbre de representar á los atletas de la fe en el acto mismo de su glorioso, pero terrible combate, es posterior á la primera época del arte. Explicaremos la causa de esto al hablar del espíritu general de las pinturas y de las Catacumbas. 2

Después de haber mostrado la grande obra de la Redención en su preparación y en sus resultados eternos, el arte primitivo nos dice por qué medios la Iglesia de la tierra se esforzaba en llegar ella misma á la gloriosa trasfiguración. Menciona la oración y la caridad. Estos dos admirables secretos que uniendo al hombre con Dios y al hombre con sus semejantes, preparan en la tierra la consumación universal en el seno de la eternidad, brillan como dos soles en todas las partes de la Roma subterránea y le iluminan con su luz sobrenatural. En las bóvedas de las capillas, en las paredes de los cubículos, en los compartimientos de los sarcófagos, en todas partes se ve á los primeros cristianos en oración.

A este interés religioso añaden nuestros monumentos un interés histórico de una gran importancia. Ellos, traducen si no con gracia, á lo ménos con verdad, las costum-

bres y los hábitos íntimos de nuestros padres en la fe. Así, á falta de cualquiera otra obra, sabríamos también, gracias al gran libro de las Catacumbas, que los cristianos oraban con los brazos extendidos, comunmente de pié, con la cabeza descubierta y los ojos levantados al cielo. En todas partes se les encuentra en esta elocuente actitud. 1 La túnica y la capa, los cabellos cortos, la barba corta, el calzado romano; el velo para las mujeres, con gran sobriedad de adornos, unida á un aire de profunda modestia: tal es el conjunto de sus trajes y de su exterior en las asambleas santas. Hé ahí lo que se refiere á la oración.

En cuanto á la caridad recíproca, se puede decir que su vida era un acto continuo. Las Catacumbas mismas son una prueba auténtica de ello. Pero entre todos los actos tan variados de la gran virtud del Evangelio, hay uno que los monumentos primitivos reproducen con amor; ya he nombrado las Agapas. En efecto, las Agapas resumen de la manera más cierta el dogma esencial del cristianismo, aquel que debía cambiar la faz del mundo, quiero decir, la fraternidad de todos los hombres y la igualdad de todos ellos delante de Dios. Aquí también el arte se muestra el eco fiel del Evangelio y de los Padres. 2

La multitud de los creyentes no era más que un solo corazón y una sola alma. Ahora, entre todos los pueblos, el signo más expresivo de la amistad consiste en las comidas tomadas en comun. Sentarse en la misma mesa y comer el mismo pan, esto es, comunidad de pensamiento, ponerse en la misma línea y participar de la misma vida. Hé ahí lo que el paganismo ignoraba; sin duda él tenía sus comidas á que eran convidados los amigos elegidos.

1 Boldetti, lib. I, c. V, p. 20.

2 Boldetti, lib. I, c. V, p. 20.

1 Bosio, lib. VI, c. XXVI.

2 Tertull., Apol., c. XXXIX.

Sin duda tambien los parientes comian en comun sobre los sepulcros de los muertos; pero el círculo de los convidados no se extendia más allá de los límites de la familia y de la amistad; nunca el esclavo participaba de ella. En estas comidas dadas por la caridad universal se sentaban todos los miembros de la familia cristiana y esta familia abrazaba á todos los hombres marcados con el signo de la fe, sin distincion de países, de fortuna y de condiciones

A esta primera diferencia es necesario agregar la modestia, la sobriedad, la piedad que distinguian á las Agapas cristianas, mientras los defectos contrarios parecian el acompañamiento obligado de los festines paganos. Oigamos el testimonio de un testigo ocular, de un convidado que se habia sentado sucesivamente á aquellas mesas diferentes: "El único nombre de nuestras comidas da á conocer lo que son. Se las llama Agapas, lo que significa amor, entre los Griegos. Cualquiera que sea el gasto que en ellas se haga es una ganancia, que aunque cuesta, produce el bien. Con estos alimentos ayudamos á los pobres á quienes cuidamos de no considerar como á esos parásitos que entre nosotros se glorian de vender su libertad para hartarse en vuestras mesas en medio de mil afrentas; pero nos conformamos con las miras de Dios que prefiere á los humildes. Así, el motivo de nuestras comidas es honesto. Juzgad, pues, del resto de nuestra disciplina, puesto que nuestras mismas comidas son inspiradas por la religion. En ellas no admitimos ni bajeza ni modestia. No se pone nadie á la mesa sino despues de haberse alimentado con una oracion á Dios. Se come cuanto es necesario para satisfacer al hombre; se bebe cuanto basta á hombres púdicos. Se queda satisfecho sin perder de vista que se debe ado-

rar á Dios durante la noche; se conversa sin olvidar que Dios escucha. 1

San Cipriano, por su parte, recomienda con instancia aquellas comidas de caridad. La Iglesia misma daba á ellas una importancia tal, que un concilio hiere con anatema á aquel que las despreciase ó se negase á ir á ellas; 2 tan cierto así es que estas reuniones, tenian una significacion eminentemente social y cristiana.

Lo que lo prueba tal vez mejor es el nombre particular dado á las diferentes especies de Agapas. En la vida del hombre iluminado por la fe hay muchas circunstancias solemnes en que el corazon parece tener una necesidad más urgente de expansion, ya sea para regocijarse, ya para consolarse, uniéndose de una manera más íntima á los corazones capaces de comprenderlo. Entre estas circunstancias, el matrimonio, la dedicacion de una iglesia, casa de Dios y casa del hombre, la sepultura de una persona querida y el nacimiento de los mártires habian parecido á los primeros cristianos las más propias para estrechar los vínculos de la caridad mútua. De allí cuatro especies de Agapas, llamadas *connubiales, dedicatoriæ, funerales* y *natalitiæ*. 3

Despues de haber celebrado con temor de Dios aquellas alianzas que debian dar tantos héroes á la Iglesia y de santos al

1 Apol., c XXXIX.

2 Agapen et dilectionem fraternam religiose et firmiter exercendam.—"El amor fraternal ha de ejercerse religiosa y firmemente en las Agapas."—Tertull., lib. III.

Si quis despiciat eos qui fideliter Agapes, id est convivit, pauperibus exhibent, et propter honorem Dei convocant fratres, et noluerint communicare in hujus modi vocationibus, parvipendens quod geritur, anathema sit.—"Si alguno desprecia á aquellos que presentan á los pobres fielmente en las Agapas, esto es, convites, y convocan á sus hermanos en honor de Dios, y no hayan querido participar de este llamamiento, haciendo poco caso de él, sea anatematizado."—*Conc. Gangr.* c. II.

3 Boldetti, lib. I, c. XII.

cielo; despues de haber cantado con efusion de sus corazones la bondad del Señor que queria elegir para sí una nueva morada en donde sus hijos desterrados podrian ir á confiarle sus angustias y alimentarse con el pan de los fuertes; despues de haber cumplido los últimos deberes con el padre, con la madre, con el amigo cuyas virtudes habian sido un consuelo y cuya ausencia era ahora un pesar; despues de haber dado gracias al Dios de los mártires por el valor que habia dado á sus siervos y á sus siervas, así como por los ejemplos heroicos con los cuales los campeones de la fe habian dado valor y ánimo á sus hermanos, á los miembros de la Iglesia naciente, manifestaban su reconocimiento, su alegría, ó su dolor, haciendo juntos un inocente festin. Los más ricos hacian los gastos de él, mientras la caridad llevaba allí de la mano y colocaba con distincion á los pobres, á las viudas, á los huérfanos, á los amigos de Dios. 1 Tal es elocuente uso cuyo recuerdo debia transmitir el arte primitivo á las generaciones futuras. No ha faltado á su mision.

Las Agapas se encuentran á menudo representadas en las Catacumbas. Yo citaré solamente las del cementerio de Santa Inés y de los Santos Marcelino y Pedro, publicadas por Bosio y por Bottari. En la bóveda del arcósolio está pintada una mesa en forma de herradura. Seis convidados están sentados á la mesa como nosotros, y no acostados como los antiguos; en la mesa se ven tres manjares; muchos convi-

1 Statis diebus mensas faciebant communes, et, peracta synaxi post sacra mentorum communionem inibant convivium, divitibus quidem cibos afferentibus, pauperibus autem et qui nihil habebant etiam vocatis, et omnibus communiter vescentibus.—"En ciertos dias establecidos, hacian mesa comun, y se hacia el convite sagrado despues de la comunión de los convidados; los ricos llevaban los manjares y eran llamados los que nada tenían; y todos comian juntos."—D. Chrys., in I ad Cor., II Homil. XXVII.

dados llevan los alimentos á su boca. Delante de la mesa se ven ocho cestos y dos jarras para las provisiones.

En las Catacumbas de los Santos Marcelino y Pedro se encuentra una mesa de la misma forma que la precedente. Está sin mantel, así como otra mesa más pequeña colocada en el espacio semicircular formado por la primera. Delante de esta segunda mesa que es de tres piés, está de pié un jóven vestido con la túnica provista de los adornos de púrpura. Lleva con la mano derecha una gran jarra con pié en forma de cáliz, *cyathus*. Acaba de gustar ó va á gustar el contenido de ella derramando algunas gotas en el hueco de su mano izquierda, segun el uso de los antiguos. En la mesa se ven dos cuchillos, dos manjares y un animal entero, un cordero tal vez, extendido y pronto á ser cortado. Del otro lado de esta misma mesa está una gran ánfora de dos asas.

La antigüedad con sus usos íntimos, se encuentra aquí como en los frescos de Pompeya. Sabemos ahora lo que Varron entendia por la mesa de servicio que él llama *cibilla* ó *mensa escaria*, en la cual se acortaban las viandas y se preparaban las bebidas antes de presentarlas á los convidados. Vemos tambien por qué no hay nada en la gran mesa, sino la mano de los convidados que esperan los manjares y el vino. Aquí los convidados son cinco y todos están sentados. En medio está una mujer que se reconoce en su simple túnica y en sus cabellos atados en la parte superior de la cabeza. A la derecha y á la izquierda están dos hombres de los cuales el uno lleva el manto encima de la túnica. Las dos extremidades de la mesa están ocupadas por dos mujeres sentadas en sillones y que parecen asistir á la comida sin tomar parte en ella. Arriba de sus cabezas se leen las dos inscripciones siguientes:

IRENE DA AGAPE
CALOA MISCE- MI-
"Irene, da "Agapa, mézclame
agua caliente." agua con vino."

Los nombres griegos Irene y Agapa, es decir, *Paz y Caridad*, que llevan estas mujeres, indican suficientemente el objeto y el espíritu de aquellas comidas, en donde desempeñan funciones tan características. La una está encargada de dar agua caliente; la otra de *mezclar el agua y el vino* según las costumbres de la sociedad antigua; ambas, de representar de esta manera simbólica, la institución misma de las Agapas, destinadas á mantener la *paz y la caridad* entre los fieles. 1

Las Agapas repiten elocuentemente la caridad de nuestros padres, los unos con los otros, durante la vida; pero esta caridad, inmortal como la esperanza, y la fe se extendía más allá del sepulcro; era necesario mostrarla bajo este nuevo punto de vista. Ahora, la imagen de los sepultureros, esos héroes de la caridad primitiva con los muertos, reproducida con bastante frecuencia en las Catacumbas, viene á completar la magnífica enseñanza del arte y á darnos la más bella á la vez que la más sublime idea de la Iglesia naciente.

Antes de dejar la vía Nomentana, á donde volveremos mañana, falta hablar de dos Catacumbas célebres, la de San Alejandro y la de los Santos Primo y Feliciano. La primera, hoy cruelmente deteriorada, está situada á siete millas de Roma en un terreno que desde el tiempo de Boldetti pertenecía al hospicio de San Jacobo de los Incurables. En el último siglo fué también posible sacar de allí muchos cuerpos de mártires. Su origen merece ser conocido.

El año 132, bajo el imperio de Adria-

1 Véase "Cuadro de las Catacumbas," p. 142; Bottari, t. II, p. 470; Bosio, lib. IV, c. XVI, p. 49, y lib. VI, c. XXVII, p. 313.

no, vivía en Roma un oficial llamado Aureliano, ardiente enemigo de los fieles, aunque tuviese por esposa á una ferviente cristiana llamada Severina. Aureliano, llamado á juzgar á los cristianos, mandó dar muerte al Papa San Alejandro y á los Santos Evencio y Teódulo. Severina, sin temer la cólera de su marido, recoge ella misma los cuerpos de los mártires y va á depositarlos en su vila, situada en la Vía Nomentana á siete millas de Roma. Un gran número de clérigos y de cristianos asistieron á los funerales. La piadosa matrona se revistió con un silicio y quiso permanecer cerca de las santas reliquias hasta que hubiese obtenido del Papa San Sixto, sucesor de Alejandro, un sacerdote que estuviese en aquella Catacumba con el fin de ofrecer todos los días el augusto sacrificio en el sepulcro de los mártires. 1 Esta gracia le fué concedida y muchas generaciones fueron testigos de una costumbre que recordaba elocuentemente la confianza y la veneración profunda de los primeros cristianos hacia los gloriosos atletas de la fe.

Siete millas más allá del cementerio de San Alejandro está la Catacumba, hoy cerrada, de los Santos Primo y Feliciano. Ella ocupa el lugar llamado en otro tiempo *Arcus Nomentanus*. Primo y Feliciano eran dos ancianos más venerables todavía por sus virtudes que por sus canas. Pero ni la edad, ni la santidad pudieron sustraerles del ciego furor de los paganos. El año 303, arrestados por orden de Diocleciano, fueron llevados delante de Promoto, prefecto de Nomentum. A ejemplo de sus colegas, Promoto se glorió de inventar nuevos suplicios y de perfeccionar los antiguos, para atormentar á los dos mártires y conciliarse el favor del príncipe y del pueblo.

La espada del licitor terminó este drama

1 Bosio, lib. VI, c. XXI.

sangriento, y los cristianos penetrados de veneración hacia los intrépidos ancianos, recogieron sus cuerpos sagrados y les hicieron durante treinta días brillantes funerales. Una basílica vino más tarde á consagrar sus sepulcros; pero Roma, advirtiéndolo que estaban muy distantes de sus miradas, trasportó á aquellos gloriosos hijos á la antigua iglesia de San Esteban el Redondo, en el monte Celio, en donde descansan todavía. 1

28 DE ENERO.

Catacumbas de la vía Nomentana, (continuación.)—Catacumbas de San Restituto.—Historia.—Catacumba de Santa Inés.—Historia.—Pinturas de las Catacumbas; parte decorativa.—Golpe de vista sobre el simbolismo primitivo.—Emblemas de los primeros cristianos:—el pescado,—el delfín.

La Vía Nomentana estaba cubierta de peregrinos de todos rangos, de todas edades, de todos sexos, romanos ó extranjeros. ¿A dónde iba aquella multitud? A la basílica de Santa Inés extramuros. ¿Por qué hoy, más bien que otro día? Porque hoy 28 de Enero era el aniversario de la aparición milagrosa de la joven virgen cuyo nombre dos veces inmortal llenó aquellos lugares. El pueblo romano, fiel á las tradiciones antiguas, iba á llevar al sepulcro de la ilustre mártir el tributo de su reconocimiento. En medio de esta numerosa compañía pasamos adelante de la iglesia de Santa Inés sin detenernos en ella. El objeto de nuestra excursión era la Catacumba de San Restituto, situada á diez y seis millas de Roma. Cerca del pequeño montecillo llamado *Monte Rotondo* se encuentran el cementerio y la crypta en donde fué depositado el santo mártir cuya gloriosa historia es necesario repetir en pocas palabras.

1 "MS. Codd. Lat. Vat. Lat.," 4-8-9, Vall. I; Bosio, lib. IV, c. XXIII, Bar. "an." 303, n. 115.

El año 301, Hermogeniano, prefecto del pretorio, acababa de obtener de Diocleciano y del Senado la orden de perseguir á los fieles. Al punto los satélites se ponen en marcha y el seis de Mayo llevan al tribunal de Hermogeniano levantado al pie del Capitolio, no lejos del arco de Tito, á un valeroso cristiano llamado Restituto. Conforme al edicto imperial, le intiman que sacrifique á los dioses y él se niega. El magistrado manda que le aten las manos detrás de la espalda y le corten la cabeza. Después de la ejecución los verdugos arrojan el cuerpo cerca del arco triunfal, no lejos del anfiteatro, y lo abandonan á los perros; pero el Dios de los mártires vela sobre su intrépido soldado.

Durante la noche una de las damas romanas más ilustres, llamada Justa, va con algunos sacerdotes y muchos cristianos á tomar el santo cuerpo y le lleva á su casa, cerca de la *Meta Sudans*, por consiguiente muy poco distante del teatro del martirio. Ella le envuelve en lienzo muy finos con perfumes, le coloca en su litera y en la misma noche lo transporta á la Vía Nomentana.

El convoy se detiene no lejos de una Catacumba en donde estaba oculto el Soberano Pontífice al cual manda avisar Justa lo que pasa, rogándole que mande un cierto número de sacerdotes, de vírgenes y de siervos de Dios que acompañen el precioso depósito. Al despuntarse el día, vuélvense á poner en marcha y llegan á la vía de la valerosa matrona, situada en la Vía Nomentana á diez y seis millas de Roma. La sepultura se hizo en medio de himnos y de oraciones que se prolongaron durante siete días. Esto pasaba el 27 de Mayo del año 301, en lo más fuerte de la persecución de Diocleciano, á algunas leguas de Roma y en la dirección del campo pretoriano en donde reinaba el perseguidor. Nada es tan común como estos